

estremeció al observar que mis ojos no eran los míos, al menos eso me parecía a mí; siempre había creído que mis ojos eran negros, pero ahora tenían unas irisaciones verdes que no me pertenecían; conté las arrugas de mi frente y me parecieron excesivas; hasta mis labios tenían el rictus irónico del Otro.

Mientras desayunaba meditaba en mi venganza, y estos pensamientos, a veces amargos, a veces extrañamente dulces, me sabían mejor que el café con leche y que las tostadas con mermelada y mantequilla. ¿Qué solución le queda a un hombre que un día cualquiera recibe la visita inesperada de una persona tan extraña que es exactamente igual que tú, que te anuncia que desde las ocho de la mañana te sustituye en la oficina y que no te preocupes de nada? A un hombre así como yo, en la situación que ahora me encuentro, no le queda otra salida que la venganza. Además, acaso es un mal pensamiento, ahora desconfío de todo. ¿No se habrá puesto de acuerdo con mi mujer? ¿Por qué esa prisa por marcharse ella, si me encontraba enfermo? Tenía que ir a su trabajo. Es una buena contestación. Pero por un día que perdiera su sacrosanta obligación... Ya sé que se siente muy responsable en su puesto, que la empresa le ha otorgado la medalla por su dedicación, etcétera... Pero yo soy su marido y creo que tiene conmigo ciertas obligaciones, como cuidarme si estoy enfermo ¡Que lo estoy... ! ¡Laura...!

Pero, ¿por qué doy voces si nadie me escucha? Si estoy solo. A estas horas todos están en sus ocupaciones; éste es un edificio de apartamentos con gentes que trabajan; a las nueve ya no hay nadie. Y los niños, en las guarderías y en los colegios. Se oye una aspiradora; también el aullido loco de un cantante flamenco. Será la mujer de la limpieza. Es increíble lo tonto y absurdo que resulta el día, cuando te levantas tarde y no sabes si ir a la oficina o quedarte en casa, alegando una posible gripe. ¿Qué haces con las horas? ¿Cómo compones los eslabones de la cadena rutinaria, rota por algo tan natural como haberse quedado dormido? Mas éste no es mi caso. Entraría en la normalidad. Podría resolverlo fácilmente aplicando recursos elementales, las clásicas salidas rutinarias: Tuve la gripe. Enfermó un familiar allegado y salimos de viaje inmediatamente. Tuve que llevar a urgencias a mi mujer. Mire usted, creí que mi suegra se moría. Al vecino le dio un infarto... Mentiras creíbles que el jefe no iba a atreverse a refutar. Todo antes que decir la increíble verdad: Me he quedado dormido. Ya me imaginaba yo la risa suficiente del jefe, la guasa de los compañeros. Todos me mirarían como a un nocherniego, incapaz de disfrutar las delicias del hogar, casi un perdido ¡Con lo honorable que es la empresa donde trabajo! ¡En la que tanto se aguardan las apariencias! Lo mejor era una mentira piadosa: ¡He estado enfermo!

Pero ni siquiera ése era mi caso para el que encontraría alguna solución. Mi caso era absurdo y por ello se complicaba muchísimo más. ¿Qué explicaciones iba a dar en la oficina? El, ya estaría allí, ocupando mi sitio. Todo parecería normal. Nadie le confundiría con lo que era, un intruso. Desde ese momento comencé a meditar en la venganza, una venganza ejemplar contra el Otro. Me tracé un plan inmediato: espiarle. Me vestí con una gabardina vieja, la que hacía años que no me ponía, y unas gafas de sol, anchas y de concha, y salí a la calle, camino de la oficina. Tenía que ser activo y no dejarme aniquilar por la depresión y permitir que mi enemigo me ganase la guerra psicológica. Recordé películas de espías, que tanto me entusiasmaban, y me sentí un héroe apretando la pipa en el bolsillo de la gabardina. Era la seguridad que me daba tocar un

objeto familiar, que por las creíbles leyes de la fantasía, en una ocasión determinada, podía trocarse en una pistola.

No llevaba ninguna prisa, porque posiblemente, en el fondo de mi corazón, no quería llegar a la oficina. Me resultaba morboso, agrisado, dilatar el tiempo de lo irremediable: ver que él ocupaba mi puesto tranquilamente y que tecleaba en mi máquina de escribir. Por eso me detenía en las calles con más delectación que de ordinario, en que pasaba rápido sin mirar, aún amodorrado por el sueño. Observaba los escaparates: estuve largo rato mirando una caña que pensaba comprar; una cámara fotográfica que me chiflaba y que deseaba adquirir a plazos, iniciándolo con la próxima paga extraordinaria; un reloj joya para cuando me tocase la lotería; botas de montaña, una tienda, e incluso un vestido que le caería muy bien a Laura. Miraba la hora en todos los relojes-anuncio; me paraba ante las últimas obras de las aceras o de los edificios. Estaba claro que no quería llegar. Indagué en los secretos mecanismos de la psicología humana que intenta evitar lo irremediable, prolongar indefinidamente el estado de duda antes de llegar a la evidencia inequívoca.

Pero aunque no quería ya había llegado. La oficina donde yo trabajo está en un quinto piso de un edificio de catorce. La empresa, de las más importantes de la ciudad, ocupa toda la planta. ¿Cómo podría subir y observar sin ser notado? En el ascensor seguramente me encontraría con alguien conocido. Así que opté por las escaleras; era una altura prudencial, no sofocante. Había que disimular y pasar inadvertido: Me subí el cuello de la gabardina, me encasqueté una boina y no me quité las gafas de sol. Nadie me reconocería. Mi resolución estaba tomada: me haría pasar por un visitante, un amigo que pregunta por el señor Gómez Valhondo (el tal señor soy yo). Preguntaría en información. (Allí no me conocían de vista, la empresa tiene tantos empleados...)

No tuve ningún tropiezo por las escaleras. La señorita que me atendió fue muy amable; era muy guapa la recepcionista. Llamó por el teléfono interior a mi sección, que era la de nóminas. Esperé unos segundos que parecieron siglos y el corazón me trepidaba fuertemente.

—Sí, sí, el señor Gómez Valhondo.

Yo estaba nervioso y excitado. En el bolsillo apreté la pipa buscando cierta seguridad. No pude contenerme más y creo que grité:

—¿Está o no está?

La recepcionista me miró asustada, con ojos de incredulidad. Tal vez le había sorprendido mi ansiedad o el tono de la voz.

—Sí, está —respondió la recepcionista. Fue como un disparo. Era la evidencia. Mi alma o mi cuerpo se desplomaba. Era él, que ocupaba mi puesto y nadie se había dado cuenta en la empresa, ni siquiera el jefe de sección. La recepcionista debió notarme en mal estado y preguntó:

—¿Se encuentra usted mal?

—No, no es nada, un pequeño desvanecimiento, debe ser la tensión —dije—, por dar una explicación cualquiera.

La recepcionista, que no había soltado el teléfono, dijo entonces:

—Oiga, dice el señor Gómez Valhondo que se ponga y le explique lo que desea.

Estuve a punto de dar un puñetazo al teléfono, creyendo que con ello aplastaría la